Atada a tu piel

Víctor García

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#AtadaATuPiel

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Atada a tu piel*
Autor: © Víctor García

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Editor: Raúl Calvo Quesada
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: © Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-59-8
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-726-2
ISBN Digital: 978-84-9967-727-9
Fecha de publicación: Mayo 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-12229-2015

Este segundo libro me gustaría dedicárselo a las dos personas que, de un modo u otro, ya fuera con sus ideas, con sus consejos o dándome su punto de vista a medida que iba escribiendo la historia a Patricia Manzanero y a «Lola Flor». ¡Sin vosotras este libro no se habría escrito, ¡muchísimas gracias por vuestro apoyo!

También quería hacer mención en especial a todas mis seguidoras de twitter y facebook que me han dado ánimos a continuar escribiendo y cuyos comentarios de satisfacción con mi primer libro: *Atreverse o no atreverse* me han alegrado más de un día.

¡Gracias chicas!

Índice

Capítulo 1 11
Capítulo 2 25
Capítulo 3 39
Capítulo 4 55
Capítulo 5 71
Capítulo 6 83
Capítulo 7 95
Capítulo 8 105
Capítulo 9 109
Capítulo 10 121
Capítulo 11 135
Capítulo 12 145
Capítulo 13 161
Capítulo 14 177
Capítulo 15 195
Capítulo 16 203
Capítulo 17 213

Capítulo 18 223
Capítulo 19 235
Capítulo 20 247
Capítulo 21 263
Capítulo 22 271
Capítulo 23 289
Capítulo 24 299
Capítulo 25 307
Capítulo 26 317
Capítulo 27 329
Capítulo 28 341
Capítulo 29 353
Capítulo 30 363

1

Tú estás sentado a unos quince metros de mí, mientras yo estoy en el césped, con unos amigos, dirigiendo efímeras y disimuladas miradas hacia ti. Te has dado cuenta de lo que hago hace rato y tratas de evitar que tu acompañante lo detecte. Tu mirada lasciva consigue que me derrita por dentro y que sienta unas ganas desmesuradas de arrancarte de ese lugar y llevarte conmigo a cualquier parte.

Puede que sólo estés jugando. Al fin y al cabo, estás sentado con tu chica en mitad del emblemático parque del Retiro de Madrid y lleváis toda la tarde besándoos, haciendo manitas y disfrutando juntos del buen día.

El sol está poniéndose y mis amigos consideran la posibilidad de irse, pero yo no quiero irme. No sin antes saber algo más de ti o, al menos, tener la posibilidad de volver a verte. Sin hablar conmigo, sin buscarme… has hecho que el corazón se me acelere y que no pueda prestar atención a otra cosa.

Veo que tu chica se levanta y va hacia una fuente no muy lejana que hay en el parque. Ella quiere beber y yo volver a verte. Siempre he pensado que, en la vida, hay que lanzarse y ser decididos. Cuanto más te cuesta algo es porque mayor es ese puñetero nudo que se te hace en el estómago, pero

lo que la gente no sabe es que, si vas a por ese algo que te aterra, mayor será la recompensa cuando lo consigas. Nadie se pone nervioso si se encuentra un triste céntimo tirado en el suelo, pero, si es un billete de cien o quinientos euros, pocos se atreven a cogerlo sin preguntarse: ¿qué diablos hace eso tan bueno ahí?

Cuanto más deseas algo, en general, más miedo te da ir a por ello. Pero a mí no, aunque lo haga acojonada, lo hago.

—Mejor arrepentirse de hacer algo que de no hacer nada –decía mi abuela.

Y yo hoy quiero tu número de teléfono. Quiero volver a verte.

Me levanto, me miras. Titubeo, pero continúo acercándome lentamente a ti; jamás me ha latido el corazón con tanta fuerza, las venas me hierven. Sé que, si tu novia viese lo que estoy a punto de hacer, me entrarían ganas de morirme al instante.

Sigues mirándome. Me fijo en tu rostro y, esta vez, tu cara es de asombro y de terror. O creo que es de eso, no lo sé, no pienso con claridad porque ese maldito miedo interior trata de nublarme para que no me arriesgue. Ese maldito miedo interior que nos dice que no salgamos de nuestro círculo de seguridad porque lo que hay fuera es peor que lo que ya tenemos dentro… Me pregunto si debería continuar.

«¿El número de teléfono? ¡Estoy loca! Aunque quisieras dármelo, tengo que sacar el móvil, desbloquearlo y apuntar tu número y, con este tembleque que llevo encima…», miro hacia la izquierda y observo que tu rollete está a punto de llegar a la fuente.

«¡Piensa, piensa! ¡Tranquila! Puedo ir sacando el móvil disimuladamente, como si alguien me llamara, y así gano tiempo. ¡Sí, sí! ¡Eso!».

Miro al frente, mientras mi temblorosa mano se adentra en el bolsillo.

«¡Joder! ¡Ya casi estoy a tu lado!».

Mis piernas tiemblan, mi corazón me empuja en todas direcciones, menos en la que estás tú, y empieza a sudarme la frente. Mi mano toca el fondo del bolsillo y me aterrorizo. No tengo el móvil. ¡Puf! ¡Qué bajón! Mi bolsillo está vacío.

Al ver que estoy a pocos pasos, impacientemente, palpo el otro bolsillo. Me frustro al ver que tampoco está ahí.

«¡Mierda! ¿Dónde está?».

Con un fugaz *flash*, mi mente me muestra que está dentro del bolso, que está sobre el césped y que, como me he levantado tan precipitadamente, me lo he dejado allí. Mis pies siguen avanzando y casi tropiezo. Intento preguntarme si debería continuar, pero ya estoy demasiado cerca. Paso a tu lado, agacho ligeramente el tronco sin detener mi paso y susurro hacia el viento:

—En media hora, debajo del Ángel Caído.

Mis palabras caen sobre ti, mientras yo acelero el paso acongojada y sin mirar atrás, con esa horrible sensación que todos tenemos cuando un cómico te señala entre el público y hace un comentario sobre tu ropa o cuando un mago pide un voluntario y te obliga a salir. Mi pulso no se relaja y sigo temblando. No he podido ver tu reacción porque no me he atrevido a mirarte a la cara al murmurar la frase, tampoco he mirado hacia atrás para ver si te girabas. Esa desinformación hace que me sienta indefensa ante tu reacción y futura decisión, y el nudo del estómago, que ya me atemorizaba, se cierra más fuerte sobre mí.

«¿Y si no te has dado cuenta de mi sugerencia? ¿O no me has entendido bien?».

«¿Y si te has reído de mí y piensas que soy una cría tonta? ¿Y si me has escuchado, y, luego, no apareces?».

«Y si, y si… ¿Y si me has sonreído y has asentido con la cabeza?».

¡Puf! Cientos de mariposas intentan salir a trompicones de mi tripa, no quieren estar conmigo durante la agónica media hora que me espera. Prefieren no arriesgarse y escapar, huir y seguir viviendo en su pequeño mundo. No las culpo, pero yo no soy así. Mis pies han continuado dirigiéndome hacia delante y ahora estoy yendo a velocidad de vértigo hacia el lugar donde está tu chica. Es guapísima, rubia, con ondas por todo el pelo y unos ojos verdes radiantes.

Llego allí justo cuando ella termina de beber agua y, entonces bebo yo, como si me fuese la vida en ello, apretando

el botón de la fuente con todas mis fuerzas para tratar de distraerme y concentrándome en otra cosa que no sea ella, tú, lo que acabo de hacer o lo que todavía tengo que hacer.

«La estatua del Ángel Caído».

Me late el corazón con tanta fuerza que lo siento por todas partes, soy capaz de oírlo dentro de mi cabeza.

«¿Cómo se me puede haber ocurrido tal estupidez?», ya vuelve el temor al rechazo.

Giro la cabeza y te veo besándola como no lo habías hecho en toda la tarde, la tumbas de espaldas y te echas encima para seguir haciéndolo con más pasión. Miro al suelo y suelto el botón.

«Menuda mierda».

Me siento totalmente estúpida, parece que está claro que sólo estabas jugando conmigo, flirteando conmigo, mientras tu chica estaba al lado para sentirte poderoso. O quizá, simplemente, he estado viendo pájaros donde no había ni pienso para darles de comer. Sólo sé que me entran ganas de irme inmediatamente de allí.

Levanto mi cabeza, miro por encima de ti y veo a mis amigos. Al verlos, siento que hay un abismo entre ellos y la fuente en la que estoy.

Y el abismo eres tú.

Comienzo a andar y, cuando vuelvo a acercarme a ti, observo que estás mirándome fijamente, mientras tus labios están en contacto con los de ella; no apartas la mirada de mí. Mi corazón vuelve a exaltarse. Tu novia está con los ojos cerrados disfrutando de ese beso eterno, y tú sigues con los tuyos fijos en los míos.

Me estremezco al pensar en lo que daría yo por tener esos labios ahora mismo…

Haría cualquier cosa, incluso desaparecer de la vista de mis colegas para ir a esperarte bajo las alas de esa estatua que hay más al norte en el parque. Tu mirada me muestra un destello de esperanza. Tengo que arriesgarme. ¡Qué coño! Tengo que desaparecer de aquí como sea.

Con un popurrí de exaltación, esperanza, miedo y deseo, llego hasta donde están mis amigos:

—Chicos, me ha llamado mi madre. Dice que tengo que irme ya –me invento.

—Pues recogemos y nos vamos todos.

—No puedo esperar, chicos, tengo que irme –contesto apresuradamente.

Ahora mismo, sólo tengo una cosa en la cabeza. Miro una última vez a esos ojos que me tienen hipnotizada, recojo mi bolso y salgo a marchas forzadas.

—¡Kate, tu casa está en la otra dirección!

Pero yo sigo huyendo a toda costa de mi área de confianza. A los pocos metros, empieza a vibrar mi móvil, lo saco del bolso y miro a ver quién es con la ilusión de que seas tú, ese chico desconocido del parque que me cautiva con una simple mirada.

«¡Joder! Si ni te he dado mi número, ¿cómo vas a ser tú?». La ilusión nos vuelve irracionales.

Mi corazón sigue bombeando sangre a mis músculos. Miro la pantalla del teléfono y veo que es uno de mis amigos. Supongo que estarán preocupados por mi fugaz marcha. Paso de ellos, no estoy ahora como para que me cansen.

Enseguida, bajo el ritmo y comienzo a andar.

«Media hora, voy a tener que esperar. –Miro al cielo como si se me fuera a caer encima–. Se me va a hacer eterna».

Son las nueve, ya casi ha anochecido, pero, aun así, hace calor. Es lo que tiene el verano en la capital española. El Retiro está muy ajetreado a estas horas, las farolas ya iluminan las largas calles, y los patinadores van de un lado a otro. Huele muy bien, a primavera, a plantas; miro hacia los árboles y no puedo ver más allá de la cuarta fila por su frondosidad.

Mientras camino, voy esquivando a propios y extraños. Me siento incómoda, preferiría estar sola, esperándolo tranquilamente y sin rallarme, pero estoy rodeada de gente. A la izquierda, a la derecha, enfrente de mí, a mi espalda… Tengo la impresión de que todo el mundo está mirándome o está fijándose en mí porque estoy arriesgándome a hacer algo que ellos nunca harían: «Ir a por lo que quiero ir».

Veo la estatua al final de la calle. En el parque del Retiro, parece que las cosas están más cerca de lo que están en

realidad; el problema es que las calles son larguísimas para estar en un parque.

Vuelve a vibrarme el móvil, chequeo de un vistazo quién es y, tras ello, sigo ignorándolo. Sé que mis amigos se preocupan por mí, pero no quiero que vengan a buscarme o que empiecen a preguntarme qué hago aquí y a ponerme aún más nerviosa. Y tampoco quiero contárselo para que comiencen a juzgarme sin motivo alguno.

Al mirar el móvil, me he fijado en la hora que era. «Sólo quedan veinticinco minutos», pienso con retintín.

Por fin, llego a mi objetivo y me siento al pie de la estatua. Miro a la gente pasar, pero no veo a la persona que me interesa... Me entretengo buscando las escasas estrellas del cielo.

«Una, dos, tres; dudo que eso sea una estrella».

Desde luego, Madrid no es el mejor lugar para mirar el cielo.

Una persona atrae mi atención: una chica rubia con ondas por todo el pelo va sola y pasa a una decena de metros por delante de mí. Me quedo mirándola con los ojos como platos. A ella le da igual que la mire, seguro que estará acostumbrada a las miradas, aunque por otros motivos.

«¿Por qué va sola? ¿Dónde estás tú? Tal vez tengáis que coger caminos separados para ir a casa, pero ya sería casualidad. ¿Y si lo habéis hecho aposta? ¿Y si tú le has contado a tu chica lo que he intentado hacer y estáis tomándome el pelo?».

Las dudas asaltan de nuevo mi mente. Es increíble con qué facilidad estoy suponiendo que son malas personas y quieren putearme. Es increíble con qué facilidad hacemos eso todos cuando tenemos miedo.

«Pero también es casualidad –pienso, tratando de recuperar mi autoestima–. Sé que te he gustado, sé que te he gustado».

Son las nueve y media en punto, y tú no estás. Me encojo sobre mis rodillas y coloco la cabeza entre ellas. Otra vez, me invade esa sensación de no estar haciendo lo que debo en lugar de sentirme decepcionada. Me culpo por mi

atrevimiento, al que califico como estupidez, solamente porque no he conseguido lo que me proponía.

¡Pues sí que es delgada la línea entre hacer una estupidez y llevarte una gran alegría!

De nuevo, me suena el móvil, un tanto apagada, lo cojo:

—Kate, ¿dónde cojones estás? Estamos buscándote.

—Estoy llegando a casa.

—¿Seguro? Te has ido por otro camino. ¿Te pasa algo?

—No, no os preocupéis. Me apetecía dar un paseo a solas.

—Te recuerdo que has salido escopetada.

—De verdad, estoy bien. No me apetece hablar. Chao.

Cuelgo bruscamente, y molesta. Es raro, cuando llegue a casa seguro que les llamo y les agradezco que se hayan preocupado por mí, pero, ahora mismo, me molesta porque quiero estar sola y que me dejen en paz. Aunque, claro, ellos no lo saben y, sin embargo, lo estoy pagando con ellos. ¡Qué cosas tiene el mundo! Al guardarme el móvil, doy un brinco sobre el asiento de piedra al notar una mano sobre mi hombro. Lo primero que pienso es que me han encontrado y que voy a tener que dar unas explicaciones que no tengo. Me tomarán por una chiflada, y estaré de mal humor durante unos días.

Levanto la cabeza y te veo.

«¡No me lo puedo creer!». Mi cara es un *mix* de asombro y alegría. «¡Has venido!». Te arrodillas ante mí y me levantas la barbilla.

—Me llamo Víctor.

Trago saliva profundamente y escucho mi corazón golpeando violentamente en el pecho.

«Estos vaivenes no deben ser muy buenos para la salud». «¡Umm! ¿Por qué diablos he pensado eso ahora mismo? ¡Responde! ¡Responde!».

—Kate –respondo con un hilo de voz.

—Precioso nombre. No es de aquí, ¿verdad?

—Nací en Londres, pero sí, yo soy de aquí. De Madrid de toda la vida.

—¿Te apetece dar un paseo?

Así me lo dices, directo, con determinación y con seguridad. Asiento con la cabeza rápidamente y, acto seguido,

tomo la mano que me ofreces para ayudarme a levantarme. Me incorporo, pero no me sueltas y nos quedamos los dos de pie mirándonos fijamente. Tienes algo en la mirada que me pone los pelos de punta, me ruborizo y miro hacia otra parte. Tú te posicionas para volver a estar en la trayectoria de mi mirada y sonríes ligeramente.

—Llevo toda la tarde pensando en ti.

Se me hace un nudo en la garganta al oírte. No sé qué me ocurre, no soy capaz de reaccionar, jamás me había sentido así por nadie. Me pasas una mano por la cintura y tiras de mí suavemente hasta dejar tus labios a dos centímetros de los míos.

¡Dios, qué ganas de besarte! Pero no soy capaz de moverme. Noto tu aliento en mis labios, es delicioso.

«¡Por favor, acércate!».

Te separas y comienzas a andar tomándome de la mano, conduciéndome por una de esas largas calles del parque.

«¿Por qué no me has besado? ¿Por qué te has apartado de repente? ¿Por qué no te he besado yo? ¡Qué me pasa! Me estoy volviendo loca».

Pum, pum. Pum, pum. Mi corazón no para. Me fijo en ti y veo que tienes una forma de andar muy atractiva, unos movimientos muy elegantes y tranquilos.

«¡No puedo parar de fijarme en cada uno de tus pequeños detalles! ¿Por qué tú puedes estar tan natural, y, en cambio, yo estoy como un flan?». Mi mente no para quieta.

La suavidad de tus manos, la forma en que me agarras para evitar que me separe de ti… No me separaría de ti ahora por nada del mundo. Quiero estar más cerca, todo lo cerca que me permitas.

Me acerco un poquito más en un acto de valentía. Reaccionas soltándome la mano y agarrándome de la cintura. Ahora parecemos una pareja como otra cualquiera, con la ligera diferencia de que apenas nos conocemos. Bueno, realmente, no nos conocemos absolutamente nada, pero me siento muy a gusto así, incluso demasiado a gusto.

Conforme vamos avanzando, la gente va desapareciendo y me pregunto cuándo cerrará el parque. En realidad, no

me importa, no tengo ninguna prisa por separarme de ti. Es muy agradable pasear contigo simplemente mirándonos y sin nada que decir. Ya mi mente está más relajada y ha parado de analizar todo. Eso es un gran respiro para mí.

Tras un rato, tu nombre me viene a la cabeza, «Víctor», y suspiro. «¿Quién eres…? –mi pensamiento se detiene». Te noto distraído, estás mirando hacia los lados, hacia los árboles.

—¿En qué piensas? –te pregunto.

—¿Te gusta la oscuridad?

Tan rápidamente, con tu respuesta, me viene a la mente una imagen de los dos solos en mitad de la nada, pero, aunque, realmente, nunca me han llamado la atención las zonas más oscuras de este parque, asiento sin pensármelo dos veces.

Me siento intrigada, la verdad es que me da un poco de miedo tu forma de actuar. Te mueves con tanta tranquilidad, con tanta energía y pareces tan seguro de ti mismo…, pero no puedo resistirme a esa encantadora sonrisa tuya.

Nos desviamos por un camino de tierra donde no hay farolas, no hay gente, no hay nada, sólo unos cuantos bancos y las mismas plantas que se encuentran por todo el parque. Veo que se aleja la gran calle iluminada por la que paseábamos y empiezo a sentir una soledad fría en un lugar repleto de gente. Creo que notas mi inquietud porque, ahora, me abrazas con más fuerza. Nos paramos frente a una pequeña explanada de césped y me invitas a sentarme. Acepto.

Hace una noche muy agradable. Te sientas frente a mí dejándote caer sobre las rodillas y comienzas a acercarte lenta, muy lentamente. Vienes directo hacia mí, clavando tus ojos en los míos, impidiéndome que piense o que me mueva. Creo que ha llegado el momento. Por fin, voy a saborear uno de tus besos, desconocido. Ardo en deseos de rozar tus labios.

He de confesar que nunca he sentido tanto deseo por nadie, todos los besos que he dado hasta ahora no tenían apenas sentimientos o apetito, pero contigo, Víctor, aun sin haberlos probado, siento algo muy diferente.

Cierro los ojos cuando estás a un palmo de mí y espero el dulce roce… tan dulce… Tu frente toca lentamente la mía y el beso no llega. Te detienes a milímetros de mis labios y aguardas ahí, haciendo que nuestras respiraciones se abracen.

«¡Qué tortura, por Dios!».

Abro los ojos y siento que me empujas ligeramente con la frente hacia atrás. Me dejo llevar y acabas por tumbarme en el suelo, con nuestros rostros pegados aún y con todo tu cuerpo sobre el mío.

Me siento muy excitada y empiezo a notar humedad en mis braguitas. Eres un excelente torturador. Acaricias con tu nariz la mía y me fijas los brazos al suelo. Me tienes completamente dominada y no haces nada más. Te quedas parado en esa postura, mirándome. No aguanto más, no sé qué hacer. Tengo que preguntártelo.

—¿A qué esperas...?

—A que me des permiso para besarte.

—Bésame. –Sutil y encantador. Ahora no puede decirme nadie que no me besa porque haya interpretado mal las señales…

Sonríes y pasas tu lengua por mis labios. Noto un escalofrío que me recorre desde los labios hasta… Acabo de empaparme totalmente, ¡madre mía! Acercas tus labios a los míos y me rozas con ellos agradablemente. De mis labios a mis mejillas, de mis mejillas a mi frente, de mi frente a mi nariz. Sueltas un besito en ella y vuelves a acariciarme los labios con los tuyos. Entretanto, liberas uno de mis brazos y diriges tu mano al botón de mi pantalón. Mi respiración se acelera y un leve cosquilleo me recorre todo el cuerpo.

«¡Uf! Todavía no me has besado y ya estás intentando meterme mano, pero yo me siento incapaz de detenerte. De hecho, ¡qué diablos! No quiero detenerte. Si estoy disfrutando un montón, ¿por qué voy a detenerte?».

Siento cómo desabrochas mi primer botón y comienzas a bajarme la cremallera del pantalón mientras sigo mirándote a los ojos esperando a que te decidas.

«¡Dios! ¿A qué esperas? ¡Bésame ya!».

Mi interior pide a voces que nuestras lenguas se fundan en una de una vez por todas. Dejo de escuchar el traqueteo que hace la cremallera al descender. «¡Oh! Ya la has bajado por completo». Lentamente, tu mano sube y se cuela por debajo de mi camiseta. Está fría y suspiro con ansiedad. Arqueo la espalda al sentirte y me estremezco encima del césped.

Poco a poco, tus labios van alejándose de los míos, van descendiendo a besitos hacia mi cuello, pero mi deseo por besarte es irrefrenable. Con mi mano libre, agarro tu cabello por detrás de la nuca y tiro violentamente. Sumiso, te ves obligado a obedecer. Al incorporar levemente mi cabeza hasta quedar a escasos centímetros de la tuya, observo tu expresión de dolor y de ¿lujuria?, con los dientes apretados y una furiosa mirada penetrante. Pero no me intimidas. Soy una mujer segura de mí misma y que está deseando fundirse contigo.

Nuestros ojos se encuentran. Te miro como un felino miraría a su presa y, manteniendo aún la presión sobre tu cabello, te digo con la mandíbula apretada:

—Te he dicho que me beses.

Al escucharme, esbozas una sonrisa endiablada. Uno a uno, mis dedos van soltándose y dejándote libre. Nuestras miradas se fijan la una en la otra. Siento tu respiración contra la mía, mi corazón late tan fuerte que da golpecitos en tu pecho y, cuando menos me lo espero, te precipitas contra mis labios.

¡Mmm! Es mejor de lo que me había imaginado.

Nos besamos apasionadamente, al tiempo que lanzo mis manos alrededor de tu cuello y te acerco completamente hasta mí. Nuestras caderas se acarician como si estuviéramos follando y eso me excita todavía más.

Comenzamos a revolcarnos por el suelo sin pensar en el mañana. Al quedar yo encima, intento inutilizarte contra el césped, pero me tienes bien sujeta con tus piernas. Como castigo, me lanzo a morder tu labio hasta que noto tus quejas y una pizca del sabor de tu sangre.

Curiosamente, parece haberte excitado esa brizna de dolor. Consigues zafarte de mi yo luchadora y me haces rodar de nuevo sin que nos separemos el uno del otro. Volvemos

a parar, tú estás sobre mí mientras seguimos alocadamente disfrutando de nuestros besos. Juguetón, introduces tu mano por la abertura de mi pantalón y tocas mis braguitas impregnadas de deseo. Me acaricias, lo que me obliga a jadear. Nuestros labios ya no están juntos, pero sigo recibiendo tu cariño por mi cuello.

Todo mi cuerpo se clava en el suelo y se queda fijo en él. Una poderosa sensación de placer me invade y me obliga a ladear la cabeza cada vez que rozas mi clítoris con tus deliciosos dedos. De repente, te cuelas completamente por debajo de mi ropa interior e introduces la puntita de uno de tus dedos.

—¡Aah!

Al gritar, aprieto con fuerza un puñado de hierba. Comienzas a meterlo y a sacarlo lentamente, obligándome a disfrutar, mientras que, con el resto de la mano, continúas acariciándome en ese punto que tanto me gusta. Arranco esos hierbajos por culpa tuya.

Ansiosa por sentirte dentro de mí, llevo mis manos hacia tu pantalón y lo desabrocho ávidamente. Primero, la hebilla; luego, la cremallera, y después, introduzco mis manos hasta sujetar tu miembro. Siento su calor entre ellas.

Nuestros labios vuelven a fundirse.

«¡Dios! ¡Te quiero dentro de mí!».

Mientras te masturbo, levanto mi cadera y tú me bajas el pantalón. Gimo de placer al sentir el frescor del césped contra mi piel. Al mismo tiempo, también yo hago descender el tuyo hasta tus rodillas y, a continuación, para mi deleite, agarro fuertemente tu trasero.

Te escucho murmurar. Te miro a los ojos, luego al pecho, y sigo y sigo descendiendo hasta observar tu sexo. Con tu miembro, comienzas a acariciar mi clítoris, volviendo a torturarme lenta y jugosamente. ¡Uf! ¡Cómo si tú no tuvieras prisa, cómo si tuvieras un total autocontrol!

«¡Madre mía! ¡Métemela ya!», grita mi cuerpo.

—Espera.

Me dices, como si hubieses escuchado mi pensamiento.

—El preservativo.

¡Puf! Bufo frustrada por no conseguir ya lo que más deseo.

Tuerces tu tronco para alcanzar tu bolsillo y lo sacas. Me quedo impresionada de que lleves un preservativo tan a mano y me pregunto en quién estarías pensando cuando te lo guardaste en el bolsillo.

Dejas caer todo el peso de tu cadera sobre mí para poder romper el envoltorio, pero tardas demasiado. Te lo quito, lo abro con mis manitas y lo desenrosco por tu sexo sin mirar. Después, estiro mis brazos hacia ti y clavo mis uñas en tu trasero para obligarte a entrar en mí.

Con lujuria, miro cómo te la sujetas con la mano izquierda y te acercas poco a poco a mí. El pulso se me dispara y me muerdo el labio esperando mi deseado momento.

—¡Aah!

Grito a los cuatro vientos al sentir tu glande en mi interior. Apretujo tus nalgas entre mis manos como respuesta. Los ojos se me vuelven blancos y evitan que me fije en la oscuridad de la noche.

De pronto, sales de mi interior.

«¡No, no, no!».

Levanto la cabeza y te miro con ansiedad y frustración. Estás recolocándote para penetrarme mejor. Te ayudo con furor…

Ahora sí estamos listos. Volvemos a mirarnos profundamente y te asiento con la cabeza. Estoy lista para que me folles.

—¡¿Quién anda ahí?!

Escuchamos en la lejanía.

Te detienes justo cuando estabas a punto de entrar de nuevo.

—¡¿Quién anda ahí?!

«Víctor, no te detengas, por favor», pienso, exultante de deseo.

—¡Mierda! Mira –me dices, mientras señalas hacia la derecha.

Vemos el destello de una linterna yendo de un lado para otro… y está acercándose.

«¡Joder! ¡Los guardas de seguridad del parque! ¡Han debido de oírme gemir!».

Golpeo con el puño en el césped.

—¡¿Quién anda ahí!?! ¡El parque está cerrado!

«¡Joder, joder!».

Nos levantamos a toda prisa y vamos en busca de nuestras cosas que han quedado alejadas de nosotros al ir revolcándonos sobre la hierba. Tú te tropiezas al llevar el pantalón medio bajado, pero, pronto, te recompones y echamos los dos a correr cogidos de la mano, tratando de huir para no ser detenidos.

2

Corremos a lo largo del parque, esquivando plantas y saltando los setos con forma de vallas que están por todas partes. A nuestro lado, pasan los destellos de las linternas de nuestros perseguidores. Por estas luces deduzco que hay varios siguiéndonos, pero, pronto, otros dos se les unen y vienen a nuestro encuentro.

Mi corazón bombea tanta sangre que me entra una sensación de mareo y mis músculos continúan moviendo mi cuerpo a toda pastilla. Me tiemblan las piernas, pero la fuerza con la que estás sujetándome la mano me transmite la suficiente energía para no detenerme.

Mientras corremos, incomprensiblemente, mi cabeza da vueltas y vueltas a lo ocurrido en lugar de centrarse en escapar.

«¡En menudo lío me he metido! ¡¿Qué les diré a mis padres si tienen que venir a buscarme a la comisaría por escándalo público?! ¿Qué me han arrestado por estar haciéndolo en un parque? ¡No puedo contarles eso! ¡Seguro que piensan que soy virgen! ¡Menudo lío!». Pero, aunque esté pensando eso, en el fondo, me gusta. ¿Quién no quiere vivir aventuras excitantes que te ponen de los nervios?

Vuelvo a la realidad cuando siento presión en mi mano y un fuerte tirón para girar a la izquierda. Este bosque es

infinito y, en la oscuridad, aún más. No sé cómo puedes guiarte por aquí, pero parece que sabes exactamente dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos.

Al trote, miro hacia atrás y, aunque los guardias intentan seguir nuestros pasos, parece que cada vez están más rezagados. Entre que hemos cambiado de dirección varias veces y que no se ve ni un pimiento, es fácil que nos pierdan el rastro. Además, ya era difícil *per se* que nos alcanzasen a plena luz del día. Alguna vez, los he visto, y son regordetes, corren con esos andares patizambos, con los michelines botando e intentando sortear setos que no son capaces de saltar. Además, tienen que estar sudando ya como gorrinos.

Miro alrededor pero, en la oscuridad, no reconozco dónde estamos. Nunca había estado en esta zona del parque. Frunzo el ceño, fuerzo la vista y consigo ver el límite vallado del parque frente a nosotros.

«¡Joder!», exclamo para mí misma.

—No pensarás saltar, ¿verdad? –digo jadeando.

—Tranquila, te llevo a un sitio seguro.

Arrugo la frente al preguntarme por qué diablos me traes a esta zona tan lúgubre, llena de árboles tan grandes como gigantes y tan oscura como una mina. Aquí la iluminación de las farolas de los caminos principales apenas llega con suaves destellos. Giramos y nos encontramos cara a cara con una zona elevada y pedregosa que tiene el paso prohibido y está rodeada de vallas metálicas altísimas.

Te miro pero no te das cuenta. Estás buscando algo.

—Por aquí.

Vuelves a tirar de mí. Con el pie golpeas y apartas unas ramas y, después, me señalas una pequeña abertura en la red de alambres. Me agacho y paso al otro lado.

Me detengo y observo el nuevo entorno. Este sitio está totalmente abandonado, es como una pequeña montaña protegida en medio de la nada. Salto del susto cuando apareces a mi lado. Caballerosamente, me habías dejado pasar a mí primero y te habías quedado atrás para volver a cubrir el agujero, hecho a propósito con alicates.

—Tranquila, soy yo –me susurras. Un escalofrío me recorre el cuerpo al sentir tu aliento por mi cuello–. Tengo amigos que, a este lugar, lo llaman El Mirador. Lleva años cerrado. No te preocupes, aquí no entrarán los guardias.

«Porque no cabrán por el agujero», pienso burlonamente, al recordar lo grandes y regordetes que son algunos. Río para mí.

«Pero ¿cómo estás tan seguro de que no entrarán? ¿Tan en secreto tenéis este lugar? ¿Cuántas veces te has quedado en este parque por la noche como para saber…?».

Una idea siniestra empieza a formarse en mi cabeza. Tal vez, y sólo tal vez, te dediques a buscar a chicas por el día para traerlas aquí cuando cae el sol. Ese pensamiento me hace sentir sucia.

Comienzas a andar y te sigo con precaución, intentando no pisar donde no debo. Está todo lleno de plantas, hierbajos y botellas rotas. Parece que aquí se hace botellón todos los días.

Escucho ruiditos.

«¡Dios! Que no haya ratas aquí, que no haya, que no haya», temerosa, aprieto tu mano con fuerza. Piso algo pringoso.

—¡Dios! ¡Qué asco de sitio!

—¡Ssh! –me contestas.

Trago saliva y continúo avanzando junto a ti. Ahora sí que valoro y agradezco el detalle de que te pusieras un condón antes. ¡A saber con quién has estado y lo que has hecho, sexy desconocido!

La verdad es que, en ese momento, yo ni me había planteado usarlo, ya que mis hormonas habían nublado mi pensamiento. Reconozco mi error, no se lo recomiendo a nadie, pero menos mal que has traído la cordura contigo porque hacerlo con un desconocido o una desconocida sin protección es un riesgo innecesario.

En el fondo, Víctor, tu vida amorosa o sentimental me importa bien poco. Sigo muriéndome de ganas por tenerte en mi interior y culminar esta aventura con una sonrisa y un

orgasmo. Aunque este sitio… ¡Puf!, creo que está llevándose toda la magia por la borda.

Comenzamos a subir por unas escaleras, como si estuviéramos adentrándonos en la pequeña montaña. Tú te giras, me coges ambas manos y continúas subiendo de espaldas. Si te cayeses ahora mismo perderías todo el atractivo, pero, asombrosamente, eres capaz de subir sin ver por dónde pisas. Eso requiere mucha práctica, y me hace pensar que has venido aquí por la noche más de una vez.

Dejamos atrás el pequeño pasadizo de piedra y llegamos hasta arriba. Salimos a una pequeña terraza natural bajo la atenta mirada de la luna llena. Los lados están protegidos por muros de piedra que evitan que pudiésemos caer desde los siete u ocho metros de altura en los que nos encontramos. Además, si hubiera alguien abajo, dudo mucho que nos viera; bastaría con que nos agacháramos un poco porque la altura de los muros nos cubre un poco más allá de la cintura. Es como un pequeño mirador al aire libre con vistas al parque y a la ciudad. Este sitio es precioso. Me encanta.

Sonrío mientras mantienes tu control sobre mí. Estás dándome tiempo a que lo asimile y disfrute del lugar en el que nos encontramos. La ligera brisa revuelve mi cabello.

Te acercas a mí y me miras transmitiéndome tu fuerza. Entrelazamos nuestras manos y lentamente, nos ponemos de rodillas uno frente al otro.

«Por suerte, aquí el suelo está limpio y no hay nada roto, nada sucio, nada extraño», pienso.

—Kate, ¿me haces un favor? –me preguntas.

Asiento con la cabeza.

—Cierra los ojos. –Obedezco.

Mis sentidos se agudizan. Escucho los sonidos de una noche veraniega, a los coches pasar no muy lejos a mi espalda, siento la ligera y cálida brisa meciendo la hierba y erizándome la piel…

Y sin darme tiempo para que preste atención a más cosas, te lanzas y me besas, me besas como nadie antes me había besado. Noto tu lengua acariciar cada uno de los rincones

de mi boca. Tu mano, ahora tras mi cabeza, me aprieta con fuerza contra ti.

«¡Uf! Me excita muchísimo que me controles de ese modo. Y no sé por qué, porque nadie antes había hecho eso conmigo».

Me acerco a tu boca todo lo posible. Me encantan tus labios, tus besos, tu lengua.

Te separas de golpe.

—No abras los ojos aún, cielo.

Al escucharte llamarme *cielo,* me muerdo el labio con deseo. Percibo cómo te levantas y te escucho rebuscar en los bolsillos. Te colocas detrás de mí y pones tus manos en mi cintura.

Te aproximas y dejas tus labios casi rozando mi oreja izquierda. Noto tu respiración, me abrazas por la cintura y me susurras:

—Esto es sólo una medida de precaución.

Frunzo el ceño, extrañada.

«¿Medida de precaución?», repito en mi mente.

Vuelves a alejarte de mí. No quiero que te alejes de mí, me encanta tu contacto, tus abrazos, tu aliento… Quiero tenerte cerca, necesito tenerte cerca.

«¡Oh, Dios!, ¡¿pero qué estás haciendo?!».

Abro los ojos como platos al sentir que de golpe, me pones algo en la boca y lo anudas detrás de mi cabeza.

«¿Es una mordaza? ¡Es una puta mordaza! ¡¿En serio acabas de ponerme una mordaza en la boca?!».

Murmuro incomprensiblemente a modo de protesta y forcejeo, meneando la cabeza de un lado a otro, pero, desde detrás, me ordenas callar.

—¡Ssh!

Y yo… me detengo. Dejo de quejarme. Tu simple susurro amansa a la fiera que llevo dentro.

—Debemos guardar silencio para que no nos encuentren los guardas –me dices al oído.

Mi pulso se dispara y respiro profunda, muy profundamente mientras, algo alterada, miro alrededor e intento asimilar lo que está ocurriendo.

«¿Puedo fiarme?». Miro al cielo exasperantemente dubitativa. No sé qué hacer, pero no puedo negarme. Eso no implica que no esté asustada al sentir ese raro material en mi boca. Jamás me habían puesto una mordaza y realmente, no sé para qué quieres utilizarla. El nerviosismo me invade.

«Yo sólo he visto estas cosas en la tele, en las películas en las que torturan a la gente y les ponen esto para que no griten de dolor».

Miro a todos lados, intentando controlar mi respiración. Intento ponerme de pie, pero me frenas poniéndome una de tus manos sobre mis hombros. A continuación, introduces la otra por debajo de la camiseta y comienzas a acariciar mis pechos lentamente, pegando tu torso contra mi espalda. ¡Uf! La mezcla de placer y miedo provoca que mi libido se dispare. Mi corazón sigue palpitando igual de rápido, pero el temor se desvanece fuera de mi interior. Me apartas el sujetador para seguir acariciándome con las dos manos y me muerdes el cuello con fuerza, estirando mi piel con tus blanquecinos dientes hasta que la sueltas de golpe. Se me escapa un gemido, pero la mordaza lo amortigua casi hasta ahogarlo.

«¡Madre mía, seguro que va a quedarme marca!».

Desde tu posición, a mi espalda, llevas tus manos hacia mi cintura, agarras los bordes de mi camiseta y me ayudas a quitármela desde atrás. Al conseguirlo, mi pelo alborotado cae delante de mi rostro. Me lo retiras haciéndome sonreír, lo acumulas entre tus manos al recogerlo como si fueras a hacerme una coleta y tiras de él hacia atrás con suavidad… Sutilmente voy cayéndome hacia atrás.

Con mi espalda contra el suelo, mi cabeza apunta hacia el norte y la tuya hacia el sur. Comienzas a avanzar sobre mí, hacia la posición del número mágico donde los amantes se funden al revés. Primero me besas la frente, luego la nariz y, después, continúas haciéndolo sobre la mordaza. Intento lanzar mi lengua, pero choco contra mi restricción y me lleno de rabia por no poder besarte. Voy acariciándote la espalda con mis manos que es lo único que tengo libre. Me fijo en tus ojos cuando pasan boca abajo sobre los míos, en tu nariz, en tu boca, en tu nuez…, mientras sigues descendiendo y

besando mi cuerpo desnudo. Te paras justo a la altura de mi cremallera, y la tuya queda también a mi vera.

Mis manos se lanzan a tu trasero y lo atraigo hacia mí hasta que quedas muy cerca de mi rostro. Me entran unas ganas terribles de comerte. Tú reaccionas sorprendido, alejándote ligeramente y desabrochándote tu único botón. Durante esos instantes, no puedo quitar ojo a la marca creciente de tu pantalón.

Haces lo propio con mi botón y, de pronto, escucho mi cremallera bajar de golpe. Sin miramientos y gilipolleces. Mientras tú haces descender mi pantalón y mis braguitas hasta la rodilla, decido hacer lo mismo con el tuyo y con tus bóxers. Me acaricias el estómago con tu lengua. ¡Mmm! Me encanta cómo la utilizas y te pido que sigas bajando con mi murmullo

De repente, veo que algo grande cae sobre mí y me abofetea. Al haberte bajado tu pantalón, se había quedado libre. Lo agarro rápidamente con una mano al verlo tan de cerca en todo su esplendor y, deseosa, empiezo a jugar con él.

—Mm-mm-mm.

«¡Joder! No puedo vocalizar».

Pero parece que entiendes mi murmullo de impaciencia y deslizas lentamente tu boca hacia mi sexo. Yo también quiero hacerte disfrutar y, por ello, llevo mi mano a la mordaza para quitármela. Cuando tú te das cuenta de mis lujuriosas intenciones, me azotas en el muslo con la palma de la mano para evitar que me la retire. Intento gemir al sentir el golpe y refunfuño enfadada por no dejarme saborear mi trofeo, pero la mordaza hace su función. Es tan frustrante y tan entretenido a la vez el no poder hacer lo que yo quiero…

Tras sentir ese picor en mi pierna, una descarga de placer me invade cuando tu lengua comienza a saborear mi… ¡Mmm! Siento que mi sexo se humedece con cada roce de tu lengua y comienzo a sentir lo que he estado suplicando casi toda la tarde: placer.

Dejo mis manos caer a los lados y cierro los ojos. Comienzo a gimotear gozosamente, pero percibo una extraña sensación al no poder desahogarme como suelo hacer: a

pleno pulmón. Por culpa de ese instrumento, una duda asalta mi mente.

«¿Esta extraña sensación está incomodándome o está…?».

—¡Aah!

Grito a través de la goma al sentir que aceleras el ritmo y me lames con pasión. Mi cuerpo se contonea y estremece. ¡Uuf! Nunca había sentido esto. Mi frenesí se eleva por encima de la copa de los árboles del parque.

Al revolverme por esa maravillosa emoción que fluye por mi cuerpo y que ahoga mis complejos, algo choca de nuevo contra mi cara. Es tu miembro que sigue suelto. Lujuriosa, insisto en reclamar mi trofeo y me aparto la mordaza de un tirón hacia abajo. Lo introduzco rápidamente en mi boca y, antes de que pueda lamerlo por completo, tú te vuelves a apartar para evitar que haga lo que deseo hacer. Te suelto un cachete y reaccionas volviendo a alejarte de mí y de mi sexo.

«¡Ostras! ¡Mi cachete no te lo esperabas!». Sorprenderte me excita aún más, aunque no era así como yo tenía pensado hacerlo. «¿Será que siempre dominas la situación y nunca es al contrario? ¡Umm! Interesante…».

—¡No, no!

Gimoteo en modo de protesta porque te alejas de mi clítoris.

Das la vuelta y te giras poniéndote enfrente de mí. Me miras a los ojos y me sujetas las muñecas sobre mi cabeza y contra el suelo. Al hacerlo, me haces un poquito de daño, pero está gustándome tanto cómo estás manejando la situación que te permito que sigas.

—Eres traviesa. Voy a enseñarte a obedecerme.

«¡Oh!». Abro los ojos como platos. ¡Ja, ja, ja! Nunca me habían dicho algo así con tanta convicción y la verdad, no tengo ganas de dejar de ser traviesa.

Acercas tus labios a los míos y te quedas quieto a escasos centímetros de mí. Intento acercarme a ti despegando un poco la cabeza del suelo pero tú, haciendo alarde de tu control, vuelves a apartarte. Intento revolverme y escapar de tus manos violentamente, pero me tienes bien sujeta. Bufo con frustración mientras te miro a los ojos. De pronto, tu mirada

se aleja de la mía para quedar fijada en mi boca y, con los dientes, me recolocas la mordaza.

Vuelvo a murmurar como protesta pero, en realidad, cada vez que me impones una restricción consigues que esté más a tus pies. Sigo revolviéndome, mientras mantienes presas mis manos sobre mi cabeza con una sola mano. La otra te la llevas a los labios para ordenarme callar. Lentamente, me las sueltas y empiezas a bajar, pero yo ya no forcejeo y me quedo en esa posición totalmente quieta y sin quitarme la mordaza, como tú deseas. Me impacta tanto tu forma de actuar que te obedezco sin poner condiciones. Percibo que eres una buena persona y que no quieres hacerme daño… o al menos espero que no me lo hagas.

Tus manos acarician mi cuerpo y descienden mientras tus ojos no se apartan de los míos. Tu mirada lasciva me excita. Me encanta mirarte, Víctor. Cuando llegas a la altura de mi cadera, me resulta muy extraño que no te detengas. Sigues bajando. ¿Debería preocuparme? No te conozco y, desde hace rato, esto ya supera mis expectativas.

«¿Qué haces? –pienso intrigada–. ¡Dios! ¡¿Por qué no me lo haces ya?!».

Incorporo un poco el tronco y observo que sigues descendiendo. Al llegar a la altura de mis pies, hincas una rodilla en el suelo y empiezas a desabrocharme una zapatilla.

«¿Qué diablos estás haciendo? ¿Quieres desnudarme de arriba abajo? ¡No hace falta que me quites las zapatillas! ¡Empieza ya! Eres un tipo un poquito raro. No querrás chuparme un pie, ¿verdad?».

No sé si reírme o… De pronto veo que, únicamente, me quitas el cordón de la zapatilla, lo coges entre tus dedos y me lo muestras, balanceándolo, tras esbozar una sonrisa maliciosa.

«Con lo que cuesta ponerlos, ¿por qué me lo quitas? No lo entiendo».

Pero por más que quiero satisfacer la intriga que me corroe por dentro, no puedo vocalizar ni una palabra por culpa de la puta mordaza. Me entran ganas de quitármela, pero… no puedo. O sea, sí puedo, pero no debo. Es la limitación de

libertad que me has impuesto y que he aceptado obedecer para ver adónde nos lleva todo esto…

Sumisa, dejo caer la cabeza en el suelo. Rápidamente deshaces el camino recorrido, llegas hasta mis muñecas que, servicialmente, mantengo en la misma posición sobre mi cabeza y, con manos de experto, me las atas fuertemente, casi cortándome la circulación.

Sorprendida y agobiada por la nueva atadura, forcejeo intentando deshacer el nudo que retiene mis muñecas, pero es inútil. Al fijarme en tu rostro, me doy cuenta de lo atractivo que eres y desearía estar toda la noche contemplándolo, pero noto algo oscuro en tu mirada, algo que me intriga, algo que me dice que esto es peligroso. Sin embargo, percibo una chispa de energía que me obliga a seguir tus órdenes para saber hasta dónde quieres llevarme. Tu mirada consigue mantenerme a tu merced en algunos momentos y, en otros, saca a la luz una parte de mí que ni yo misma conozco. También siento que yo sólo soy un entretenimiento para ti y, aunque no lo comprenda del todo, estoy deseando que empieces a entretenerte conmigo.

Tus labios vuelven a mi cuello, mientras tu mano baja hasta mi entrepierna. Uno de tus dedos comienza a acariciar mi sexo y se introduce lentamente en mi interior. Gimo para ti.

Te mueves despacio, llevando a cabo ese juego que parece que tanto te gusta practicar: la tortura pasional. Te encanta torturarme, pero yo no protesto porque quiero más. Lo llamo *tortura,* pero no sufro ningún dolor. Sólo es que me llevas al límite y cuando ya estoy deseando lo que me propones, alargas el límite aún más. No sabía que alargarlo tanto pudiera ser tan excitante. Estoy muriéndome de ganas de que comiences a penetrarme, pero lo extraño para mí es que ya estoy disfrutando muchísimo de todo esto.

Tu mano desaparece de mi interior y es remplazada por ese otro miembro que cayó sobre mi rostro, abofeteándome. Ese delicioso juguetito que apenas he podido saborear. Grito lujuriosa, aunque, por culpa de la mordaza, parece más un aullido de dolor que de gozo. Parece que te gusta oírme,

pero grito más por el hecho de conseguir lo que tanto estaba deseando que por el placer de la penetración.

Comienzas lenta y pausadamente mientras me mordisqueas todo el cuerpo. Mis ojos se vuelven blancos y la vista se me nubla. Te siento perfectamente dentro de mí. Continúas despacio, e intento morderme el labio de placer, pero ¡joder, no puedo! Eso me frustra incluso cuando estoy disfrutando como una niña con su juguete nuevo.

Aceleras poco a poco, haciendo que me estremezca. De repente, paras y la sacas entera de mi interior. Te miro con furia, pero cuando vuelves a entrar… ¡mmm!, vuelvo a ser tuya. Sales de nuevo y regresas lenta, muy lentamente. Jamás me había sentido así, tan impotente, sin poder gemir ni hablar ni acariciarte o tocarte. Jamás me había sentido así… como si estuviera en el cielo.

Por fin se acaba la tortura y empiezas a darme placer con más ritmo. Ahora noto que tú también estás disfrutándolo, se te nota en el rostro. Una de tus manos llega hasta mi pecho y me pellizca un pezón hasta detenerse en el momento justo del límite del dolor. Casi consigues que vuelva a mirarte furiosamente, pero te has detenido y no he hecho otra cosa que gemir de placer. Separo del suelo mis manos atadas y las llevo, juntitas, hacia delante. Agarro tu cabeza desde detrás y te obligo a llevar tus labios hacia mi cuello. Tus besos apasionados me derriten. Siento que mi orgasmo va a llegar. Quiero que aceleres, pero no puedo pedírtelo con palabras. «¿Tal vez si te agarro el trasero y…?».

Cuando voy a bajar una mano, el nudo me lo impide. Mierda. Desciendo las dos por tu espalda todo lo que puedo, pero no puedo llegar hasta tu culo. ¡Joder! Es imposible alcanzarlo, pero ¡yo quiero más! Elevo mi cadera unos centímetros del suelo. ¡Quiero que me hagas ver las estrellas! ¡Quiero más! ¡Ya estoy a punto! ¡No te pares! ¡No se te ocurra parar!

Mi atadura regresa a tu cabeza y cierro mis manos alrededor de tu cabello. Te miro, casi poseída y fuera de mí. Desciendo y rodeo tu cadera con mis piernas para que ni se te ocurra alejarte.

«¡Aah!».

Mi orgasmo llega e, inútilmente, grito.

«¡Sí, ya, ya! ¡Aah…!».

Giro la cabeza violentamente de lado a lado y una lágrima aparece en mi mirada.

«¡Sí! ¡Aah!».

¡Guau!

Mis piernas se relajan y abatida, dejo caer los brazos. Mi pecho sube y baja con dificultad mientras tú sigues en mi interior. Tus suaves besitos comienzan a recorrer mi piel y tus movimientos desaceleran. Sales de mí y, de nuevo, mis muslos se contraen al sentirte. Agotada, intento mover la cabeza y ver qué haces, pero no puedo, todavía no, necesito coger más aire.

Respiro… Respiro profundamente.

De pronto, empiezo a sentir violentos tirones. Te has incorporado de rodillas y me estás quitando completamente el pantalón. Tras varias intentonas consigues dejarme completamente desnuda y yo, satisfecha, no opongo resistencia, aunque, realmente, no entiendo por qué tras follarme, quieres quitarme lo que me queda de ropa.

Tras haber recuperado un poco las fuerzas, como Dios me trajo al mundo, muda y con mis manos todavía atadas, observo que te pones de pie con las plantas de tus pies a cada lado de mis rodillas, te llevas tu mano izquierda a la polla y, sin más dilación, comienzas a darte placer mientras, con tus ojos lascivos, recorres mis vergüenzas. Yo, sumisa, te miro como al dios torturador que acaba de hacer que llegue al orgasmo. No puedo apartar la mirada de tu cuerpo. Estás buenísimo, ¡y estás masturbándote para mí! ¡Uf!

¡Jamás había visto nada igual! ¡Qué excitante!

No tengo fuerzas ni para levantarme, ni puedo elevar mis manos para ayudarte y ser yo quien haga que lances tu placer. Aun así, mi mente piensa y piensa cómo puedo excitarte más…

Intento hablar y gemir para estimularte, pero sólo atraviesan la mordaza sonidos incomprensibles. Sin poder hacer nada, observo cómo jadeas y miras al cielo justo cuando tu orgasmo llega. Mi respiración se acelera al verte disfrutar de

esta forma y, de nuevo, mi sexo se humedece. Con un potente grito de placer, terminas de expulsar tu esencia sobre mi cuerpo, mientras yo disfruto de una magnífica vista.

Yazco en el suelo impregnada de ti.

Al concluir, te quedas unos instantes de pie, sobre mí, con tus pies a mis costados, con los brazos en jarra y mirando al horizonte con una gran sonrisa de satisfacción. Yo te miro boquiabierta y alucinada por todo lo que acaba de ocurrir. Nunca había probado algo así, nunca había hecho nada semejante.

¡Uf! Y ha sido lo más excitante y placentero de mi vida. No quiero ni que me desates. Me quedaría contemplándote un buen rato más.

Me sonríes, te mueves y te alejas. Yo giro sobre mi tronco para ver adónde vas y veo que comienzas a rebuscar en mi bolso.

«¿Qué diantres haces ahora?». Quiero preguntártelo, pero sigo sin poder hablar. «Puta mordaza».

Intento quitármela pero tú apareces ante mí con algo blanco en la mano. Con un clínex, comienzas a limpiarme cariñosamente.

Al terminar, te sonrío… inútilmente, porque no puedes ver mi sonrisa. Aunque seguro que mis ojos están mostrando la devoción que siento ahora mismo por ti. Ahora te acercas para desatarme las muñecas; luego me quitas la mordaza y yo, por fin libre, te miro con una sonrisa de oreja a oreja. Acto seguido, muevo de lado a lado la mandíbula para relajarla, ya que se me ha quedado dolorida por el esfuerzo de mantenerla abierta.

—Si llego a saber que tienes esa sonrisa tan bonita, me habría pensado lo de amordazarte.

Al escuchar tus palabras, mi corazón se acelera.

—Entonces, tal vez no te hubiera sonreído –improviso, segura del significado de mis palabras: «Me ha encantado cómo me has follado».

Me ofreces la mano para ayudarme a ponerme en pie y, al sentir la presión, noto que me duelen las muñecas de una forma extraña, pero lejos del dolor. Me las froto y echo la vista atrás buscando ese cordón que tanto me ha hecho disfrutar.

Comenzamos a vestirnos mientras intercambiamos sonrisas y miradas. Cuando acabo, con el dedo, me dices que me acerque a ti. Me siento a tu lado, con la espalda contra el pequeño muro de la terraza natural. Me coges de la mano y guardamos silencio mientras tengo apoyada la cabeza contra tu hombro. Al hacerlo, presto atención al sonido de mis pulsaciones, que siguen disparadas. Me acurruco más y dejo caer mi brazo sobre tu estómago mientras tú me rodeas con el tuyo. No quiero irme todavía, así que dejo de preocuparme sobre qué hacer o cómo salir de allí con los guardas buscándonos. Jamás había estado tan a gusto en los brazos de alguien y quiero disfrutarlo un poquito más. Cierro los ojos y caigo dormida con un único pensamiento que no deja de revolotear por mi mente...

«¿Cómo sabes estas cosas, Víctor? ¿Cómo las aprendiste?».